

**Séneca *Tragedias completas*, Edición y traducción de Leonor Pérez Gómez, Madrid, Cátedra, 2012, 1.248 págs.**

El siglo I es el siglo de la Antigüedad –apasionante como pocos en la Historia– que más palpita del Imperio Romano, si bien cada momento histórico posee su interés específico y depende también de los gustos de quien se acerca a un periodo determinado. La literatura de ese siglo, la historiografía, las artes en general, la poesía –comenzando por Virgilio– y la épica, o cualquiera de los géneros que florecieron entonces, como los insuperables *Epigramas* de Marcial, la *Farsalia* de Lucano (a la sazón sobrino de Séneca), junto a los desmanes y perversidades de emperadores sádicos como Tiberio, Calígula o Nerón, sin olvidarnos de Domiciano, hacen de ese momento uno de los más atractivos y repugnantes, en general, en la Historia. Leer las *Historias* de Tácito o la *Vida de los doce césares*, de Suetonio, ya entrado el siglo II, nos demuestran que el siglo anterior tuvo que ser especialmente movido... tanto que su estela se funde con el final del siglo II y la muerte de Marco Aurelio, último gran emperador y filósofo. En medio de este marasmo de luchas intestinas, muertes y excesos de este siglo fundamental, Lucio Anneo Séneca, nacido en la antigua Córdoba a principios del siglo I y muerto en 65, hijo de Séneca el Viejo, conocido como orador –aunque quizá más como rétor–, también de origen hispano, fue un filósofo famoso en su época y, debido a eso, se granjeó no pocas envidias y admiraciones, amistades y enemistades. La figura de Séneca ha trascendido a su época como pocos filósofos y escritores, y su filosofía estoica, trufada de cierto epicureísmo, ha sido un referente a lo largo de la historia, sobre todo en la contemporaneidad. Expresiones populares como «ese hombre es un Séneca» demuestran el calado de un «personaje» que es bien conocido y ha sido un referente a lo largo de más de dos mil años en la historia universal, en concreto en Occidente. Incluso se habló de un hipotético cristianismo de Séneca, tal y como apunta la profesora Leonor Pérez Gómez en la Introducción de la obra que reseñamos:

También hay escritos de dudosa atribución o ciertamente espurios cuyo ejemplo más famoso es la supuesta correspondencia entre Séneca y Pablo de Tarso, producto de una leyenda que contribuyó a aumentar la reputación del filósofo durante la Edad Media. (p. 40)

Como se sabe, Séneca fue el preceptor de Nerón pero, al igual que los que rodearon al emperador tirano, acabó sufriendolo en carne viva y el propio pupilo le pidió que se suicidara. Algunas representaciones pictóricas elevan la muerte de Séneca a la de otros filósofos antiguos como Sócrates. Agripina, la nueva esposa de Claudio –tras el asesinato de Mesalina– y madre de Nerón, también acabó muriendo a manos de su propio hijo. Y así podríamos desarrollar un elenco nefando de muertes y crímenes inenarrables. No hay que olvidar que las intrigas de Agripina, como asimismo habían sido las de Mesalina, estaban en sintonía con las usanzas sangrientas y monstruosas de sus predecesores, especialmente crueles a partir de Tiberio. Y recordemos que Nerón había llevado al circo a senadores y caballeros, echándose por tanto en contra

a las oligarquías, que veían cómo para contentar al pueblo con medidas populistas y demagógicas, había cargado contra ellos, contra los estamentos más sagrados que fundamentaban la sociedad romana:

Apartándose de las propuestas aristocráticas, en las que la circulación de la literatura en general y del teatro en particular había estado reducida a las élites cultas, Nerón atendió los gustos del gran público multiplicando los espectáculos para el pueblo en un proceso en el que él mismo no dudó en convertirse en actor, como tampoco en obligar a subir a escena o bajar a la arena del circo a miembros de la aristocracia, caballeros y senadores que, en contra de su ancestral *dignitas*, se convertían en diversión para el pueblo, contraviniendo sus más profundos prejuicios. (p. 15)

Así, la conjura para matar a Nerón estaba sirviéndose en los círculos palaciegos y de la alta sociedad romana de la que, por cierto, Séneca se había apartado en un retiro voluntario en 65, viendo quizá venir lo que se avecinaba. No obstante, de un modo u otro se vio envuelto en la conjura de Pisón, y lo cierto es que fueron muchos los que murieron a raíz de esta, entre ellos también Lucano, quien sí se sabe que había participado activamente, ya que el emperador –celoso de su poesía– le había prohibido publicar o recitar sus versos, por lo que acabó en los últimos años difamando y satirizándolo.

La historia de Séneca y del siglo I es realmente apasionante, como apasionantes son sus *Tragedias completas*, que ahora se presentan con una traducción asombrosa y un aparato crítico deslumbrante, y que hará las delicias de lectores aficionados o investigadores que deseen adentrarse en la época y en un lúcido análisis de lo que significan para la historia de la dramaturgia, de la tragedia y del drama en general (llegando hasta nosotros sus repercusiones), para el propio Séneca y para la época en la que fueron escritas. Sólo acercarnos a la Introducción que la profesora Leonor Pérez Gómez ha preparado para esta edición, y leernos las más de ciento veinte páginas, es un lujo. Y desconectamos de la «actualidad» leyendo con placer un texto que ha indagado en los mil y un recovecos de un autor y de unas obras que han sido durante más de dos milenios referencia, hoy convenientemente traducidas y puestas al día –«actualizadas»– en una traducción en la que no falta ni un detalle. Se trata, claro está, de eso.

De las diez tragedias que componen el corpus dramático que nos ha llegado, la mayoría son de influencia griega, de alto coturno, y la *Octavia* de origen romano, siendo su autoría de esta última la más discutida. Cada una de estas piezas posee una introducción enjundiosa a su vez, que mantendrá el interés y pondrá la guinda erudita a cada uno de los versos y laberintos textuales, filológicos, filosóficos o de algún otro tipo, entresacando lo más interesante de todo lo que se ha escrito sobre el asunto. Es asombroso, en ese sentido, la ingente cantidad de material recopilado.

Disfrutar de cualquiera de estas páginas –se trata de un volumen de más de 1.200– es lo que cualquier amante de la lectura –releer en esta nueva versión– en español puede hacer a partir de ahora, en una edición económica y accesible en la prestigiosa editorial Cátedra: para aprender conceptos básicos de nuestra cultura, y seguir formándonos, o completar lagunas en otros casos, como la división *ratio/furor* (p. 50) que se ha propuesto por la crítica como uno de los motores de las tragedias, o

plantear que precisamente el tema de las tragedias son las pasiones («En efecto, sin pasiones no hay tragedia», p. 52), y que estas eran la piedra de toque de los estoicos, para controlarlas, frenarlas (en cierto modo también ahí coincidían con los epicúreos, y más en el estoicismo *al modo suo* de Séneca, quien recabó lo mejor del filósofo de Samos). O interpretar algunas de estas obras como una crítica al poder desde alguien que siempre estuvo tan apegado al poder, desde una actitud ética que le guió y que definió en sus *Cartas a Lucilio*... Sea como fuere, su pensamiento, su figura, su trascendencia histórica, y sus tragedias ahora, forjaron un «personaje» que con el ejemplo encarnó una manera de vivir y pensar, rodeado de un halo de verdad y mesura, que no pudo impedir que Nerón acabara actuando con sevicia y que esta fuera la moneda de cambio de una sociedad que hoy vemos como admirable y detestable a la vez. Poco nos queda que añadir excepto recomendar esta magnífica edición y esta lectura, este arrebatador volumen en el que se nos puede ir media vida para leerlo, pero qué decir para traducirlo, editar sus miles de páginas, miles de notas a pie de página...

**Juan Carlos Abril**